

I

Hombres de maíz¹

¹ Versión libre de algunos capítulos del *Popol Vuh* y algunos fragmentos del *Memorial de Sololá*.



Todo estaba en silencio. El tiempo aún no existía.

Los hombres no habían sido creados, y lo mismo pasaba con los pájaros y los jaguares, con las serpientes y los tlacuaches, con los peces y los cangrejos, ningún animal vivía en el universo; tampoco existían los árboles, las selvas, las cuevas y los barrancos. Los ríos aún no rayaban la Tierra y sus piedras no brillaban por la caricia de la corriente. En el firmamento, las estrellas todavía no mostraban sus destellos, la negrura no se había roto con las luces que marcan el tiempo de la siembra, el momento de las lluvias, el instante del sacrificio que alimenta a los dioses que siempre están deseosos de sangre.

El universo era un mar en calma, un cielo infinito y oscuro, un silencio absoluto que amenazaba con su eternidad.

Nada había que se moviera, nada había que hiciera un ruido; ni siquiera el viento encrespaba las aguas y mucho menos desafiaba la mudez con su silbido.

Ahí, en el agua oscura y siniestra como un espejo de obsidiana, vivía Tepeu Gucumatz. Poco a poco, su cuerpo fue rodeado por una claridad luminosa que apenas se adivinaba entre las plumas verdes y azules que lo protegían del frío y la soledad. Él es el creador, el constructor, el padre y la madre de todo lo que existe.

Tepeu Gucumatz pensaba en su soledad mientras el hambre y el orgullo le ardían en el cuerpo y el alma. Algo tenía que hacer para transformar el universo, para sobrevivir a la negrura, al silencio, a la nada que era la única dueña de todo.

Entonces surgió la palabra, la voz perfecta, el discurso preciso. Tepeu Gucumatz habló para unir sus pensamientos y su voz con el huracán, con el Corazón del Viento, con la fuerza que transformaría el universo.

Ellos, a fuerza de palabras recias, destruyeron el silencio y abrieron paso a todo lo existente.

—¡Que se llene el vacío!

—¡Que se haga la luz y amanezca en el cielo!

—¡Que las aguas se retiren y emerja la tierra!

—¡Que en la Tierra nazca lo que han de sembrar sus pobladores, los que deben adorar a sus creadores!

Sus palabras eran poderosas: el mar se cubrió de niebla y de él surgieron las montañas y los valles, los ríos y los arroyos con aguas dulces, las cavernas y las llanuras, los grandes árboles y las lianas que los abrazan.

La Tierra había nacido, pero el silencio permanecía imperturbable: las corrientes y las olas apenas lo acariciaban sin romperlo.

Tepeu Gucumatz y Corazón del Viento contemplaron su obra: las aguas y la tierra se habían separado de una vez y para siempre.

Los padres de todas las cosas se llenaron los ojos con su creación, aunque la sonrisa apenas se dibujó en su rostro. Habían derrotado a la nada, al silencio, a la oscuridad implacable; sin embargo, en el fondo de su alma, sabían que su labor no estaba terminada: nada existía que los adorara, nada existía que les rindiera pleitesía y los alimentara.

Ellos, a pesar de lo que habían logrado, estaban condenados a la soledad, a la tristeza, al hambre insaciable que terminaría devorándolos.

Y así, con ansias de sobrevivir y ser adorados, Tepeu Gucumatz y Corazón del Viento crearon a los primeros seres que poblarían la Tierra: engendraron a los guardianes de los montes y los genios de las montañas, a los venados y las culebras, a los jaguares y los pájaros, a los caimanes y los quetzales. Antes de que la luz se ocultara en el horizonte terminaron su obra y volvieron a mirar lo que habían creado: el mundo tenía habitantes, las tierras estaban salpicadas de colores y los animales se movían para mostrar su vida.

Durante un instante, la felicidad iluminó sus rostros. Lo habían logrado, la Tierra estaba viva y pronto serían adorados y alimentados por sus pobladores.

Entonces, desde el centro del universo, Tepeu Gucumatz y Corazón del Viento les hablaron a sus criaturas:

—¡Digan sus nombres!

—¡Invoquen a sus creadores!

—¡Alaben a sus padres!

Los animales se presentaron ante ellos, pero no les mostraron respeto.

Ahí estaban, mirando lo que nunca podrían comprender: en sus ojos no brillaba la inteligencia, sólo reflejaban las posibilidades del miedo y el hambre. Los animales no podían hablar como los dioses, las palabras no salían de sus fauces ni de sus picos. En el mundo únicamente se escuchaban rugidos, cacareos, siseos y graznidos que nada significaban para los señores del universo.

El silencio se había roto, pero la palabra no se mostraba.

Ninguna voz adoraba a sus creadores, ninguna voz les expresaba su agradecimiento. Nada ni nadie podría alimentarlos.

Los padres de todas las cosas habían fracasado.

Tepeu Gucumatz y Corazón del Viento volvieron a hablarles a las bestias, pero su respuesta fue la misma: un ruido incesante, una balumba terrible.

Habían fallado: la palabra permanecía muda aunque la selva se llenara de ruido.

No tuvieron más remedio que aceptar su descalabro, por eso volvieron a hablar con toda su fuerza. Cada una de sus palabras mostraba la furia, la amargura de la derrota:

—¡Tú, bestia salvaje del campo, dormirás en las barrancas y andarás en cuatro patas!

—¡Ustedes, los pájaros, construirán sus nidos en los árboles!

—¡Griten, aúllen, gorjeen para entenderse!

—¡Sepárense según su modo de entenderse!

—¡Pero ustedes no serán los señores de la Tierra! Ustedes vivirán para alimentarse de las plantas o las carnes, sus habitaciones serán los montes y las selvas, los ríos y los mares, los cielos y los peñascos. Ahí vivirán, ahí se harán muchos, pero siempre tendrán miedo: alguien los devorará sin que puedan evitarlo, sólo unos cuantos morirán de viejos. Ustedes nunca serán los señores de la Tierra. Nosotros crearemos nuevos seres, ellos serán poderosos, y ustedes tendrán que aceptar su destino.

Los animales los escucharon y se adentraron en sus dominios con el pesar en sus lomos: nunca dominarían la Tierra y sobrevivirían con el miedo metido en sus cuerpos, con el terror mordiéndoles la carne antes de que los colmillos se encajaran en ella.

—¡Intentémoslo de nuevo antes de que amanezca!

—¡Hagamos a los que nos adorarán y nos alimentarán!

—¡Debemos crear seres obedientes y respetuosos!

Y entonces comenzaron a amasar el barro para dar cuerpo y forma a sus creaciones. Con cariño unieron el torso, las piernas y los brazos; con gran cuidado labraron sus rostros y pulieron sus largas frentes, y también —con todo el amor— crearon los huecos de sus ojos, la hendidura de su boca, el laberinto de sus orejas.

Cuando terminaron, los miraron: estaban blandos, fofos, sus formas se perdían a causa de la humedad. No podían moverse, la cabeza se les iba de lado, sus ojos eran ciegos, su boca casi era muda y sus oídos, sordos. Algunos intentaron pronunciar ciertas palabras, pero era imposible entender el crujido que salía de sus labios. En sus ojos ciegos tampoco se miraba la luz de la inteligencia, la certeza de haber sido creados por los padres de todas las cosas.

El fracaso volvió a golpearlos y de sus bocas únicamente brotaron lamentos:

- Ellos no podrán crecer ni multiplicarse.
- Ellos no podrán comprender al mundo.
- Ellos nunca podrán darse cuenta de nuestro poder.
- Ellos nunca podrán alimentarnos ni adorarnos.

A su lamento siguió la furia: Tepeu Gucumatz y Corazón del Viento llamaron a las aguas, a las grandes lluvias que cayeron del cielo hasta que desapareció el último de los hombres de barro. Se diluyeron, volvieron a convertirse en la tierra que siempre fueron, quedaron condenados a la no existencia..., ningún rastro quedó de ellos, sólo